



---

---

Adaptación de  
**EL ZOPILOTE**  
de Franz Kafka

**Teo Tulip**  
*Inker*

**Franz Kafka**  
*Writer*

**Gordon Tulip**  
*Colorist*



---

---

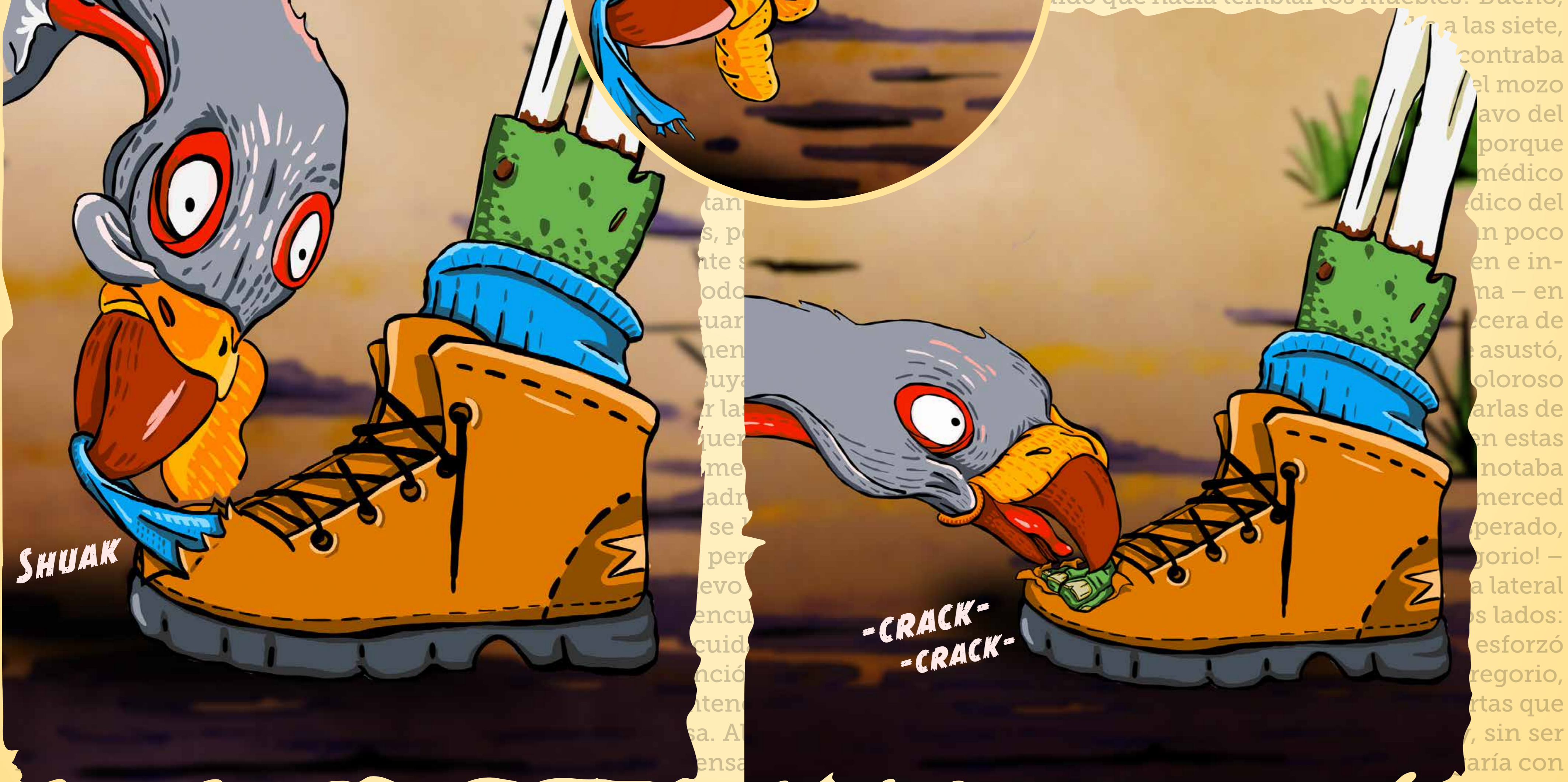
Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón, y al levantar un poco la cabeza, veía un vientre abombado, parduzco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al suelo.



Si no tuviera que dominarme por mis padres, ya me habría dicho mi opinión con toda mi alma. ¡Se habría caído desde esa altura, hablar hacia abajo con el emplead

Bueno, la esperanza todavía no está perdida de todo: ¡puedo tardar todavía entre cinco y seis años – lo sé, tengo que levantarme porque el tren sale al cinc

Eran las seis y media y las manecillas seguían t



con sus cavilaciones a una conclusión sensata. Recordó que ya en varias ocasiones había sentido en su cama alguna leve nevada que el cambio de voz no era otra cosa que el síntoma de un b

**Un zopilote estaba mordisqueándome los pies. Ya había despedazado mis botas y calcetas, y ahora ya estaba mordiendo mis propios pies...**

Así pues, intentó en primer lugar sacar de la cama la parte superior del cuerpo y volvió la cabeza con cuidado hacia el borde de la cama. Lo logró con facilidad y, a pesar de su anchura y su peso, el cuerpo siguió finalmente con lentitud el giro de

Así pu de de la cab zando za no

Pero quizá perma

Pero a decisio cia, por trech un ins tado r como de las

Si se ría p

Lo m sible

Pero fuerzo tes – de su a do que

Bueno ap

Ya hab dirse la cal

Duran da esp

Grego sido o ment el mozo homb ñana era d nico del so as dujere

Se pr más l

Solan tra la

Grego le oc ta, el

Desde Grego padre

No sa

El sefi rado a cuent más q das las tardes en casa. Allí está, sentado con nosotros a la mesa y lee tranquilamente el periódico o estudia horarios de trenes.

Para él es ya una distracción hacer trabajos de marquetería. Por ejemplo, cuando se ha tallado un pequeño marco, se asombrará usted de lo bonito que es, que me alegro de que esté usted muy testarudo y seguro que no me lo quitará. Y con precaución, y no se le caiga encima, yo dije el apoderado. Por suerte o por desgracia, me he dedicado a los negocios. En la habitación de la

**Una y otra vez les daba un mordisco, luego me rondaba varias veces, sin cesar, para después volver a continuar con su trabajo.**





**¿POR QUÉ TOLERAS LOS MORDISCOS DEL ZOPILOTE?**

**¡Estoy perdido!**

rio, seguramente como consecuencia del ejercicio ya practicado en la cama, e intentaba ahora levantarse apoyado en él.

Quería de verdad abrir la puerta, deseaba sinceramente dejarse ver y hablar con el apoderado; estaba deseoso de saber lo que los otros, que tanto deseaban verle, dirían ante su presencia. Si se asustaban, Gregorio no tendría ya resaca alguna y podría estar tranquilo, pero si lo aceptaban todo con tranquilidad, él tampoco tendría nada para excitarse y, de hecho, podría, si se daba prisa, estar a las ocho en la estación.

Al principio se agarró a los bordes del liso armario, pero finalmente se dio con fuerza un último impulso que le proporcionó alguna a los dolores de vientre, aunque eran muy agudos.

Los bordes se agarró fuertemente con sus patitas. Con esto ha-  
chacar al apoderado. ¿Han entendido ustedes una sola

¡Por el amor de Dios! – Exclamó la madre en-  
Arete! – gritó después. ¿Qué, madre? – dijo la

Tiene que ir inmediatamente al médico,  
de animal – dijo el apoderado.

El padre en dirección a  
las dos muchachas  
de par en  
currido una  
de ha-

Ya se encontraba en el  
por última vez del cual

Ya en el vestíbulo, extendió la mano  
Gregorio comprendió que, de  
ría ver extremadamente amen-  
te todos estos largos años hab-  
to de su vida, y además, con

Pero Gregorio poseía esa pr-  
do. ¡El futuro de Gregorio y de  
cuando Gregorio toda vía esta-  
res, se hubiese dejado llevar por

Pero locierto es que el hermano estaba  
labras posiblemente, seguramente

Por desgracia, no parecía tener dientes propiamente dichos ¿con qué iba a agarrar la llave? –, pero, por el contrario, las mandí-  
blas eran, desde luego, muy poderosas, con su ayuda puso la llave, efectivamente, en movimiento, y no se daba cuenta de que, sin  
duda, se estaba causando algún daño, porque un líquido parduzco le salía de la boca, chorreaba por la llave y goteaba hasta el suelo.

– Escu-  
mu!  
d

Bueno  
mediatame  
que no soy obs-  
do? ¿Al almacén? ¿Si-  
jar, pero después llega el momen-  
do el obstáculo, uno trabajará, co

Por otra parte, tengo amiguidada a  
que ya es. ¡Póngase de mi parte en el

Es cierto que no hay una razón es-  
visión de conjunto de las circunsta-  
junto mejor que la del mismo jefe.

También sabe usted muy bien co-  
te en víctima de murmuracione-  
ble defenderse, porque la mayor  
je, siente sobre su propia carne

Señor apoderado, no se march-  
queña parte, me da usted la r-  
rio, y por encima del hombro  
ma de morro, y mientras Gre-  
deslizándose hacia la puerta, per-

Ya se encontraba en el  
por última vez del cual

Ya en el vestíbulo, extendió la mano

Gregorio comprendió que, de  
ría ver extremadamente amen-  
te todos estos largos años hab-  
to de su vida, y además, con

Pero Gregorio poseía esa pr-  
do. ¡El futuro de Gregorio y de  
cuando Gregorio toda vía esta-  
res, se hubiese dejado llevar por

Pero locierto es que el hermano estaba  
labras posiblemente, seguramente

Pretendía dirigirse hacia el apod-  
no; pero, buscando algo en qu

Cuando vino y comenzó a atacarme, yo por supuesto traté de hacer que se fuera,



Apenas bajó, Gregorio se acercó a ella, se sentó encima precipitadamente, como fuera de sí, y no pasó un momento sin que el café de la cafetera volcada, caía a chorros sobre la alfombra. - ¡Madre, madre! - dijo Gregorio en voz alta.

Por un momento había olvidado completamente al apoderado: el contrario, no pudo evitarlo la madre gritando, él se huyó de la habitación con sus padres.

En la habitación, la barbilla se movió hacia adelante, la barandilla se balanceó con la máxima velocidad posible.

Finalmente, desapareció; pero cuando volvió con «¡Uh!», que parecía desconcertar a la madre, que había olvidado el mismo al apoderado, él había dejado un gran periódico sobre la mesa y una habitación blanda.

Entendidos, que giraron. Al otro lado de la habitación, había abierto la puerta y se cayó sobre las manos.

Las de las ventanas se abrieron y los pedregales caían sobre él y daba silbidos hacia atrás muy despacio.

La habitación, pero no se dio cuenta de impacientarse al caer sobre la espalda o la cabeza.

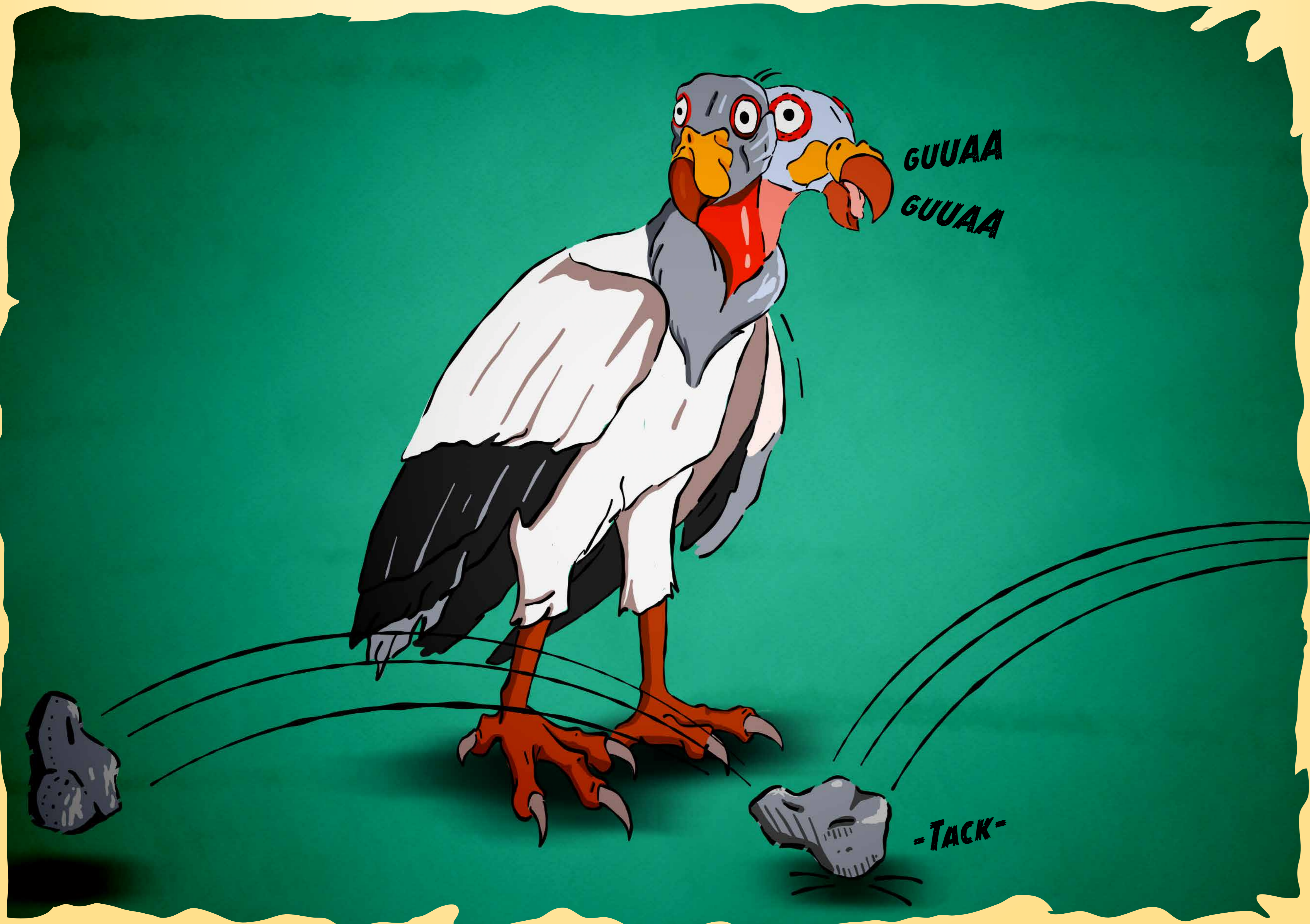
Finalmente, no le quedó a Gregorio otra solución, pues advirtió que cuando andaba hacia atrás ni siquiera era capaz de mantener la dirección, y así, mirando con temor constantemente a su padre de reojo, comenzó a darse la vuelta con la mayor rapidez posible, pero, en realidad, con una gran lentitud.

hasta traté de estrangularlo, pero estos animales son muy fuertes...



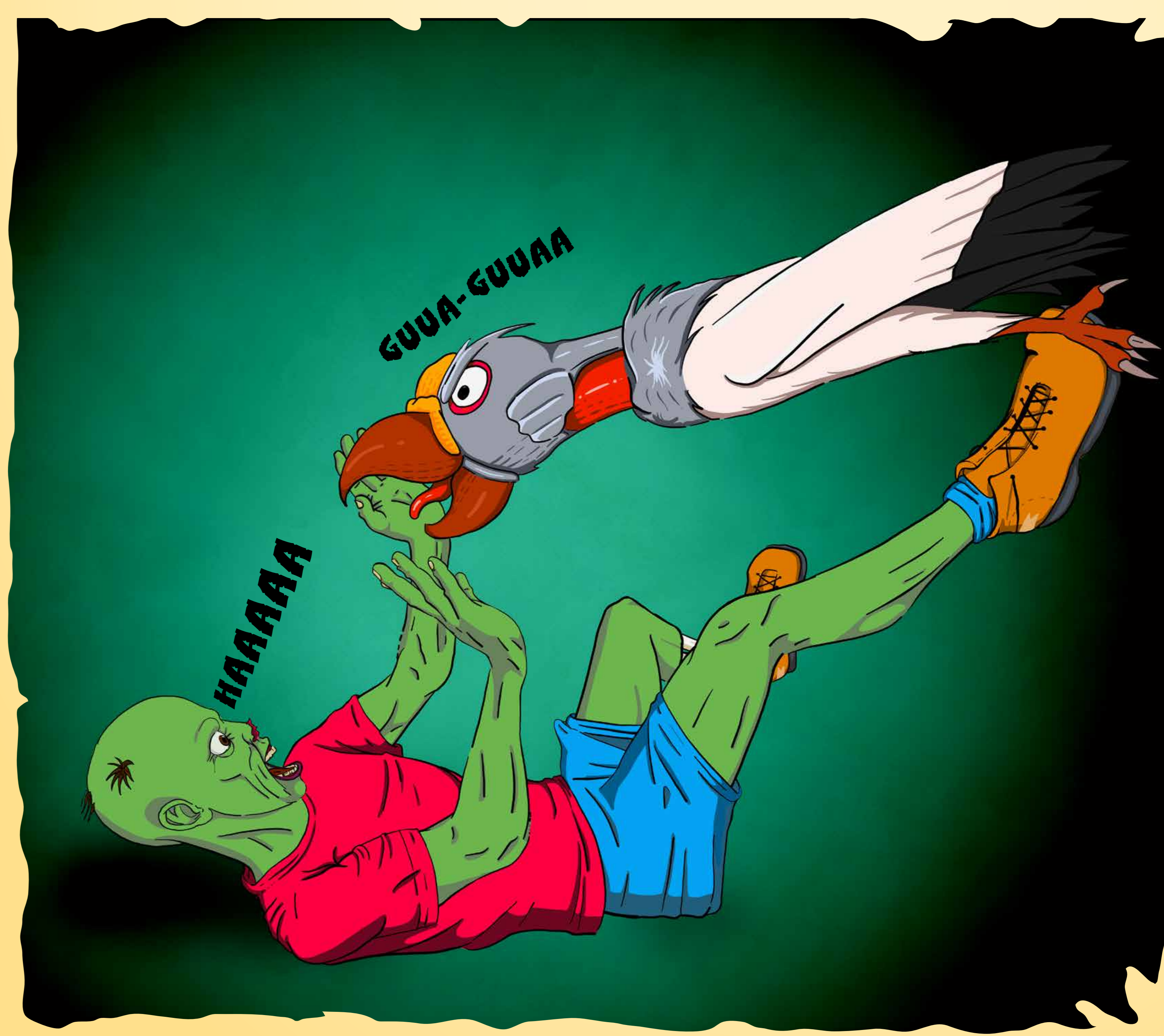
GUUAA  
GUUAA

-TACK-



GUUA-GUUAA

HAAAAA



... estuvo a punto de echarse a mi cara, mas preferí sacrificar mis pies. Ahora están casi deshechos.

## Capítulo II

Hasta la caída de la tarde no se despertó Gregorio de su profundo sueño similar a una pérdida de conocimiento. Seguramente no se hubiese despertado mucho más tarde, aun sin ser molestado, porque se sentía suficientemente repuesto y descansado; sin embargo, le parecía como si le hubiesen despertado unos pasos fugaces y el ruido de la puerta que daba al vestíbulo al ser cerrada con cuidado.



**¡Un tiro!,  
Y TE ECHAS AL ZOPILOTE**

Por la mañana tenía una puerta, y la cerraduras desde la hermana habían tres juntos en esta

Así pues, seguramente nadie más en la pensar, sin que nadie le molestase, sobre cómo debía organizar de nuevo su vida

Pero la habitación de techos altos y que daba la impresión de estar vacía, en la le asustaba sin que pudiera descubrir cuál era la causa, puesto que era la habitación medio inconciente y no sin una cierta vergüenza, se apresuró a meterse bajo el algo estrujado y a pesar de que ya no podía levantar la cabeza, se sintió pronto demasiado ancho para poder desaparecer por completo debajo del canapé.

Allí permaneció durante toda la noche, que pasó, en parte inmerso en un semisueño, un sobresalto, y, en parte, entre preocupaciones y confusas esperanzas, que le llevaban a la consecuencia de que, de momento, debía comportarse con calma y, con la ayuda de una gran paciencia y de una gran consideración por parte de la familia, tendría que hacer soportables las molestias que Gregorio, en su estado actual, no podía evitar producirles.

Ya muy de mañana, era todavía casi de noche, tuvo Gregorio la oportunidad de poner a prueba las decisiones que acababa de tomar, porque la hermana, casi vestida del todo, abrió la puerta desde el vestíbulo y miró con expectación hacia dentro. No le encontró ensanguinada, pero cuando le descubrió debajo del canapé – ¡Dios mío, tenía que estar en alguna parte, no podía haber volado! – se asustó tanto que, sin poder dominarse, volvió a cerrar la puerta desde fuera.

Pero como si se arrepintiese de su comportamiento, inmediatamente la abrió de nuevo y entró de puntillas, como si se tratase de un enfermo grave o de un extraño. Gregorio había adelantado la cabeza casi hasta el borde del canapé y la observaba. ¿Se daría cuenta de que se había dejado la leche, y no por falta de hambre, y le traería otra comida más adecuada? Si no caía en la cuenta por sí misma, Gregorio preferiría morir de hambre antes que llamarle la atención sobre esto, a pesar de que sentía unos enormes deseos de salir de debajo del canapé, arrojarle a los pies de la hermana y rogarle que le trajese algo bueno de comer. Pero la hermana reparó con sorpresa en la escudilla llena, a cuyo alrededor se había vertido un poco de leche, y la levantó del suelo, cierto que no lo hizo directamente con las manos, sino con un trapo, y se la llevó.

Gregorio tenía mucha curiosidad por saber lo que le traería en su lugar, e hizo al respecto las más diversas conjeturas. Pero nunca hubiese podido adivinar lo que la bondad de la hermana iba realmente a hacer.

Para poner a prueba su gusto, le trajo muchas cosas donde elegir, todas ellas extendidas sobre un viejo periódico. Había verduras pasadas medio podridas, huesos de la cena, rodeados de una salsa blanca que se había ya endurecido, algunas uvas pasas y almendras, un queso que, hacía dos días, Gregorio había calificado de incomible, un trozo de pan, otro trozo de pan untado con mantequilla y otro trozo de pan untado con mantequilla y sal.



**¿En serio?,  
¿Y usted me haría el favor?**

Ya en el transcurso del primer día el padre explicó tanto a la madre. De vez en cuando se levantaba de la mesa y recogía de la pequeña cocina ocurrida hacia cinco años, algún documento o libro de anotaciones, de sacar lo que buscaba.

Estas explicaciones del padre eran, en parte, la primera cosa grata que Gregorio le había preguntado.

En aquel entonces la preocupación de Gregorio había sido hacer un negocio comercial que les había sumido a todos en la más completa desesperanza especial y, casi de la noche a la mañana, había pasado a ser de un simple chas posibilidades de ganar dinero, y cuyos éxitos profesionales, en forma de comisiones, se convierten inmediatamente en dinero contante y sonante, que se podían poner sobre la mesa en casa ante la familia asombrada y feliz.

Habían sido buenos tiempos y después nunca se habían repetido, al menos con ese esplendor, a pesar de que Gregorio, después, ganaba tanto dinero, que estaba en situación de cargar con todos los gastos de la familia y así lo hacía. Se habían acostumbrado a esto tanto la familia como Gregorio, se aceptaba el dinero con agradecimiento, él lo entregaba con gusto, pero ya no emanaba de ello un calor especial.

Solamente la hermana había permanecido unida a Gregorio, y su intención secreta consistía en mandarla el año próximo al conservatorio sin tener en cuenta los grandes gastos que ello traería consigo y que se compensarían de alguna otra forma, porque ella, al contrario que Gregorio, sentía un gran amor por la música y tocaba el violín de una forma conmovedora.

Además añadió a todo esto la escudilla, que, a partir de ahora, probablemente estaba destinada a Gregorio, en la cual había echado agua. Y por delicadeza, como sabía que Gregorio nunca comería delante de ella, se retiró rápidamente e incluso echó la llave, para que Gregorio se diese cuenta de que podía ponerse todo lo cómodo que deseara.

Las patitas de Gregorio zumbaban cuando se acercaba el momento de comer. Por cierto, que sus heridas ya debían estar curadas del todo, ya no notaba molestia alguna, se asombró y pensó en cómo, hacía más de un mes, se había cortado un poco un dedo y esa herida, todavía anteayer, le dolía bastante. ¿Tendré ahora menos sensibilidad?, pensó, y ya chupaba con voracidad el queso, que fue lo que más fuertemente y de inmediato le atrajo de todo.

Sucesivamente, a toda velocidad, y con los ojos llenos de lágrimas de alegría, devoró el queso, las verduras y la salsa; los alimentos frescos, por el contrario, no le gustaban, ni siquiera podía soportar su olor, e incluso alejó un poco las cosas que quería comer.

Ya hacía tiempo que había terminado y permanecía tumbado perezosamente en el mismo sitio, cuando la hermana, como señal de que debía retirarse, giró lentamente la llave.

Esto le asustó, a pesar de que ya dormitaba, y se apresuró a esconderse bajo el canapé, pero le costó una gran fuerza de voluntad permanecer debajo del canapé aún el breve tiempo en el que la hermana estuvo en la habitación, porque, a causa de la abundante comida, el vientre se había redondeado un poco y apenas podía respirar en el reducido espacio.

Entre pequeños ataques de ansiedad con ojos un poco saltados, como la hermana, que nada imaginaba de esto, no solamente barriaba ni siquiera había tocado, como si éstos ya no se pudiesen utilizar, y una tapa de madera, después de lo cual se lo llevó todo.

Bajo del canapé, se estiraba y se inflaba. De esta forma recibía Gregorio la criada todavía dormían, y la segunda vez después de la comida del mediodía mandaba a la criada a algún recado.

Entre, pero quizá no hubieran podido escuchar la hermana quería ah

**CON GUSTO...  
SÓLO TENGO QUE IR A CASA  
POR MI PISTOLA.**



**¿PODRÍA USTED  
ESPERAR OTRA  
MEDIA HORA?**

Entre pequeños ataques de ansiedad con ojos un poco saltados, como la hermana, que nada imaginaba de esto, no solamente barriaba ni siquiera había tocado, como si éstos ya no se pudiesen utilizar, y una tapa de madera, después de lo cual se lo llevó todo. Bajo del canapé, se estiraba y se inflaba. De esta forma recibía Gregorio la criada todavía dormían, y la segunda vez después de la comida del mediodía mandaba a la criada a algún recado. Entre, pero quizá no hubieran podido escuchar la hermana quería ah

Con frecuencia, durante las breves estancias de Gregorio en la ciudad, se mencionaba el conservatorio en las conversaciones con la hermana, pero sólo como un hermoso sueño en cuya realización no podía ni pensarse, y a los padres ni siquiera les gustaba escuchar estas inocentes alusiones; pero Gregorio pensaba decididamente en ello y tenía la intención de darlo a conocer solemnemente en Nochebuena.

Este tipo de pensamientos, completamente inútiles en su estado actual, eran los que se le pasaban por la cabeza mientras permanecía allí pegado a la puerta y escuchaba.

A veces ya no podía escuchar más de puro cansancio y, en un descuido, se golpeaba la cabeza contra la puerta, pero inmediatamente volvía a levantarla, porque incluso el pequeño ruido que había producido con ello, había sido escuchado al lado y había hecho enmudecer a todos. ¿Qué es lo que hará? – decía el padre pasados unos momentos y dirigiéndose a todas luces hacia la puerta; después se reanudaba poco a poco la conversación que había sido interrumpida.



padres no consiguen... la habitación, y Grete... la hermana, a pesar de que anteriormente se habían enfadado muchas veces con ella, porque le parecía una chica un poco inútil.

Pero ahora, a veces, ambos, el padre y la madre, esperaban ante la habitación de Gregorio mientras la hermana la recogía y, apenas había salido, tenía que contar con todo detalle qué aspecto tenía la habitación, lo que había comido Gregorio, cómo se había comportado esta vez y si, quizá, se advertía una pequeña mejoría.

Por cierto, que la madre quiso entrar a ver a Gregorio relativamente pronto, pero el padre y la hermana se lo impidieron, al principio con argumentos racionales, que Gregorio escuchaba con mucha atención, y con los que estaba muy de acuerdo, pero más tarde hubo que recurrir a la fuerza, y si entonces gritaba. «¡Dejadme entrar a ver a Gregorio, pobre hijo mío! ¿Es que no comprendéis que tengo que entrar a verle?» Entonces Gregorio pensaba que quizá sería bueno que la madre entrase, naturalmente no todos los días, pero sí una vez a la semana; ella comprendía todo mucho mejor que la hermana, que, a pesar de todo su valor, no era más que una niña, y, en última instancia, quizá sólo se había hecho cargo de una tarea tan difícil por irreflexión infantil. El deseo de Gregorio de ver a la madre pronto se convirtió en realidad.

Durante el día Gregorio no quería mostrarse por la ventana, por consideración a sus padres, pero tampoco podía arrastrarse demasiado por los pocos metros cuadrados del suelo; ya soportaba con dificultad estar tumbado tranquilamente durante la noche, pronto ya ni siquiera la comida le producía alegría alguna y así, para distraerse, adoptó la costumbre de arrastrarse en todas direcciones por las paredes y el techo.

Le gustaba especialmente permanecer colgado del techo; era algo muy distinto a estar tumbado en el suelo; se respiraba con más libertad; un ligero balanceo atravesaba el cuerpo; y sumido en la casi feliz distracción en la que se encontraba allí arriba, podía ocurrir que, para su sorpresa, se dejase caer y se golpease contra el suelo.

Pero ahora, naturalmente, dominaba su cuerpo de una forma muy distinta a la que había experimentado cuando era niño, después de semejante caída.

La hermana se dio cuenta inmediatamente de la nueva diversión que Gregorio estaba teniendo y se puso a moverse por todas partes huellas de su sustancia pegajosa – y entonces se le metió en la cabeza la idea de ir a gran escala y sacar de allí los muebles que lo impedían, es decir, se puso a moverlos todo sola; tampoco se atrevía a pedir ayuda al padre; la criada no la había ayudado nunca; años, resistía ciertamente con valor desde que se despidió la cocinera años atrás, constantemente cerrada y abrirla solamente a una señal determinada. Así que se puso a mover los muebles con mucho cuidado y silencio.

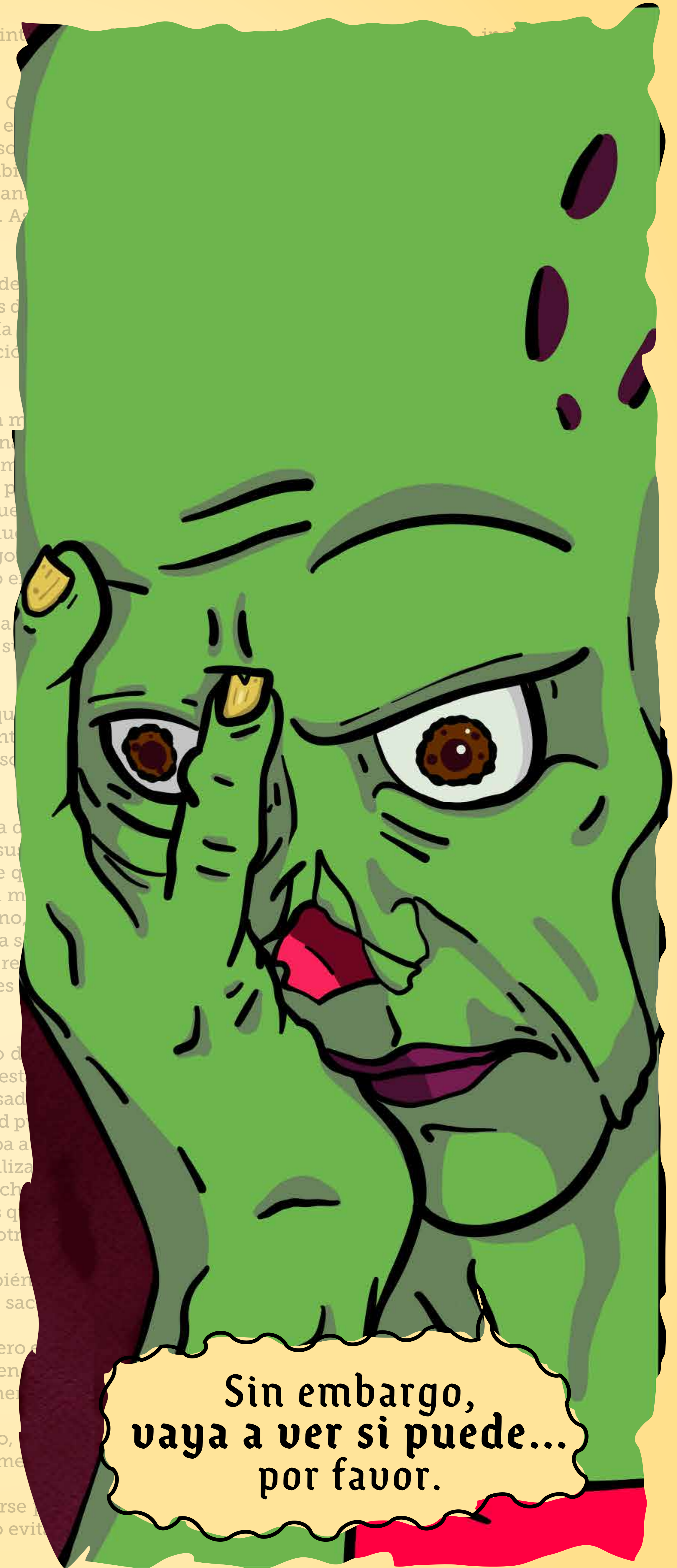


padres, pero... las mujeres la habitación con el armario, en el cual se apoyaban gimien... ver cómo podía tomar cartas en el asunto lo más prudente y discretamente.

Pero, por desgracia, fue precisamente la madre quien regresó primero, rodeándolo con los brazos y lo empujaba sola de acá para allá, naturalmente.

Pero la madre no estaba acostumbrada a ver a Gregorio, podría haberse alejado asustado hasta el otro extremo del canapé, pero no pudo evitarlo, esto fue suficiente para llamar la atención de la madre.

Ésta se detuvo, permaneció allí un momento en silencio y luego volvió con Grete. A pesar de que Gregorio se repetía una y otra vez que no ocurría nada fuera de lo común, sino que sólo se cambiaban de sitio algunos muebles, sin embargo, como pronto habría de confesarle a sí mismo, este ir y venir de las mujeres, sus breves gritos, el arrastrar de los muebles sobre el suelo, le producían la impresión de un gran barullo, que crecía procedente de todas las direcciones y, por mucho que encogía la cabeza y las patas sobre sí mismo y apretaba el cuerpo contra el suelo, tuvo que confesarse irremisiblemente que no soportaría todo esto mucho tiempo.



Ellas le vaciaban su habitación, le quitaban todo aquello a lo que tenía cariño, el armario en el que guardaba la sierra y otras herramientas ya lo habían sacado; ahora ya aflojaban el escritorio, que estaba fijo al suelo, en el cual había hecho sus deberes cuando era estudiante de comercio, alumno del instituto e incluso alumno de la escuela primaria – ante esto no le quedaba ni un momento para comprobar las buenas intenciones que tenían las dos mujeres, y cuya existencia, por cierto, casi había olvidado, porque de puro agotamiento trabajaban en silencio y solamente se oían las sordas pisadas de sus pies.

Y así salió de repente – las mujeres estaban en ese momento en la habitación contigua, apoyadas en el escritorio para tomar aliento –, cambió cuatro veces la dirección de su marcha, no sabía a ciencia cierta qué era lo que debía salvar primero, cuando vio en la pared ya vacía, llamándole la atención, el cuadro de la mujer envuelta en pieles, se arrastró apresuradamente hacia arriba y se apretó contra el cuadro, cuyo cristal le sujetaba y le aliviaba el ardor de su vientre.

¡Muy bien!,

TRATARÉ DE HACERLO  
LO MÁS PRONTO QUE PUEDA



se quedaba parado y congregaba a sus acompañantes a su alrededor? Pero ahora estaba muy derecho, vestido con un rígido uniforme azul con botones, como los que llevan los ordenanzas de los bancos; por encima del cuello alto y tieso de la chaqueta sobresalía su gran papada; por debajo de las pobladas cejas se abría paso la mirada, despierta y atenta, de unos ojos negros.

El cabello blanco, en otro tiempo desgrefiado, estaba ahora ordenado en un peinado a raya brillante y exacto. Arrojó su gorra, en la que había bordado un monograma dorado, probablemente el de un banco, sobre el canapé a través de la habitación formando un arco, y se dirigió hacia Gregorio con el rostro enconado, las puntas de la larga chaqueta del uniforme echadas hacia atrás, y las manos en los bolsillos del pantalón. Probablemente ni él mismo sabía lo que iba a hacer, sin embargo levantaba los pies a una altura desusada y Gregorio se asombró del tamaño enorme de las suelas de sus botas.

Pero Gregorio no permanecía parado, ya sabía desde el primer día de su nueva vida que el padre, con respecto a él, sólo consideraba oportuna la mayor rigidez. Y así corría delante del padre, se paraba si el padre se paraba, y se apresuraba a seguir hacia delante con sólo que el padre se moviese. Así recorrieron varias veces la habitación sin que ocurriese nada decisivo y sin que ello hubiese tenido el aspecto de una persecución, como consecuencia de la lentitud de su recorrido.

Por eso Gregorio permaneció de momento sobre el suelo, especialmente porque temía que el padre considerase una especial maldad por su parte la huida a las paredes o al techo. Por otra parte, Gregorio tuvo que confesarse a sí mismo que no soportaría por mucho tiempo estas carreras, porque mientras el padre daba un paso, él tenía que realizar un sinnúmero de movimientos.

Ellas le vaciaban su habitación, le quitaban todo aquello a lo que tenía cariño, el armario en el que guardaba la sierra y otras herramientas ya lo habían sacado; ahora ya aflojaban el escritorio, que estaba fijo al suelo, en el cual había hecho sus deberes cuando era estudiante de comercio, alumno del instituto e incluso alumno de la escuela primaria – ante esto no le quedaba ni un momento para comprobar las buenas intenciones que tenían las dos mujeres, y cuya existencia, por cierto, casi había olvidado, porque de puro agotamiento trabajaban en silencio y solamente se oían las sordas pisadas de sus pies.



Durante la conversación,  
el zopilote había estado  
tranquilamente escuchando,  
girando su ojo lentamente  
entre mí y el caballero.  
Ahora me había dado cuenta  
que había estado entendiéndolo  
**TODO.**

El cabello blanco, en otro tiempo desgrefiado, estaba ahora ordenado en un peinado a raya brillante y exacto. Arrojó su gorra, en la que había bordado un monograma dorado, probablemente el de un banco, sobre el canapé a través de la habitación formando un arco, y se dirigió hacia Gregorio con el rostro enconado, las puntas de la larga chaqueta del uniforme echadas hacia atrás, y las manos en los bolsillos del pantalón. Probablemente ni él mismo sabía lo que iba a hacer, sin embargo levantaba los pies a una altura desusada y Gregorio se asombró del tamaño enorme de las suelas de sus botas.

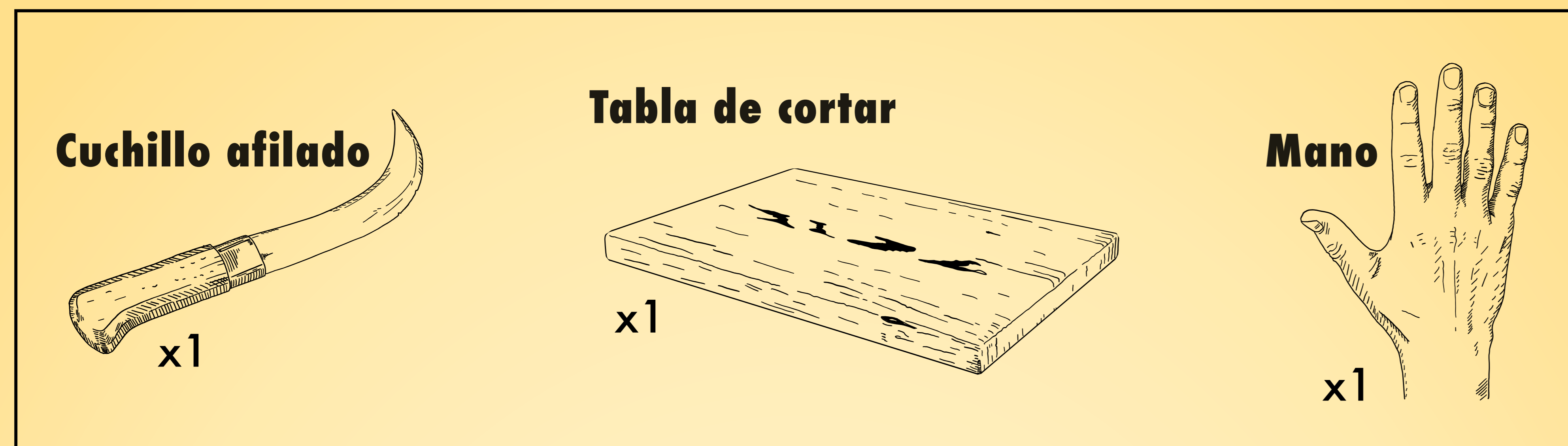
Pero Gregorio no permanecía parado, ya sabía desde el primer día de su nueva vida que el padre, con respecto a él, sólo consideraba oportuna la mayor rigidez. Y así corría delante del padre, se paraba si el padre se paraba, y se apresuraba a seguir hacia delante con sólo que el padre se moviese. Así recorrieron varias veces la habitación sin que ocurriese nada decisivo y sin que ello hubiese tenido el aspecto de una persecución, como consecuencia de la lentitud de su recorrido.

Por eso Gregorio permaneció de momento sobre el suelo, especialmente porque temía que el padre considerase una especial maldad por su parte la huida a las paredes o al techo. Por otra parte, Gregorio tuvo que confesarse a sí mismo que no soportaría por mucho tiempo estas carreras, porque mientras el padre daba un paso, él tenía que realizar un sinnúmero de movimientos.

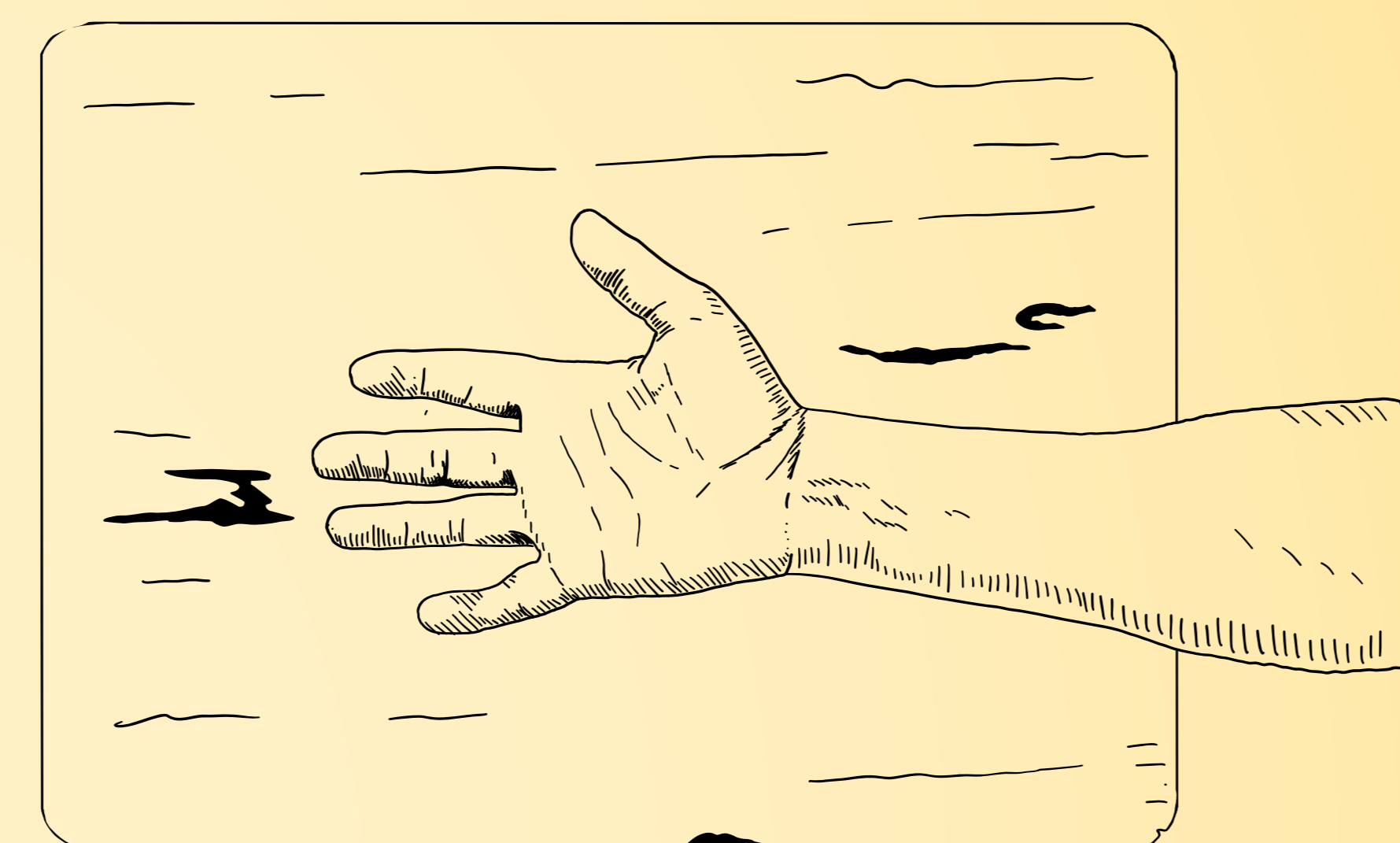
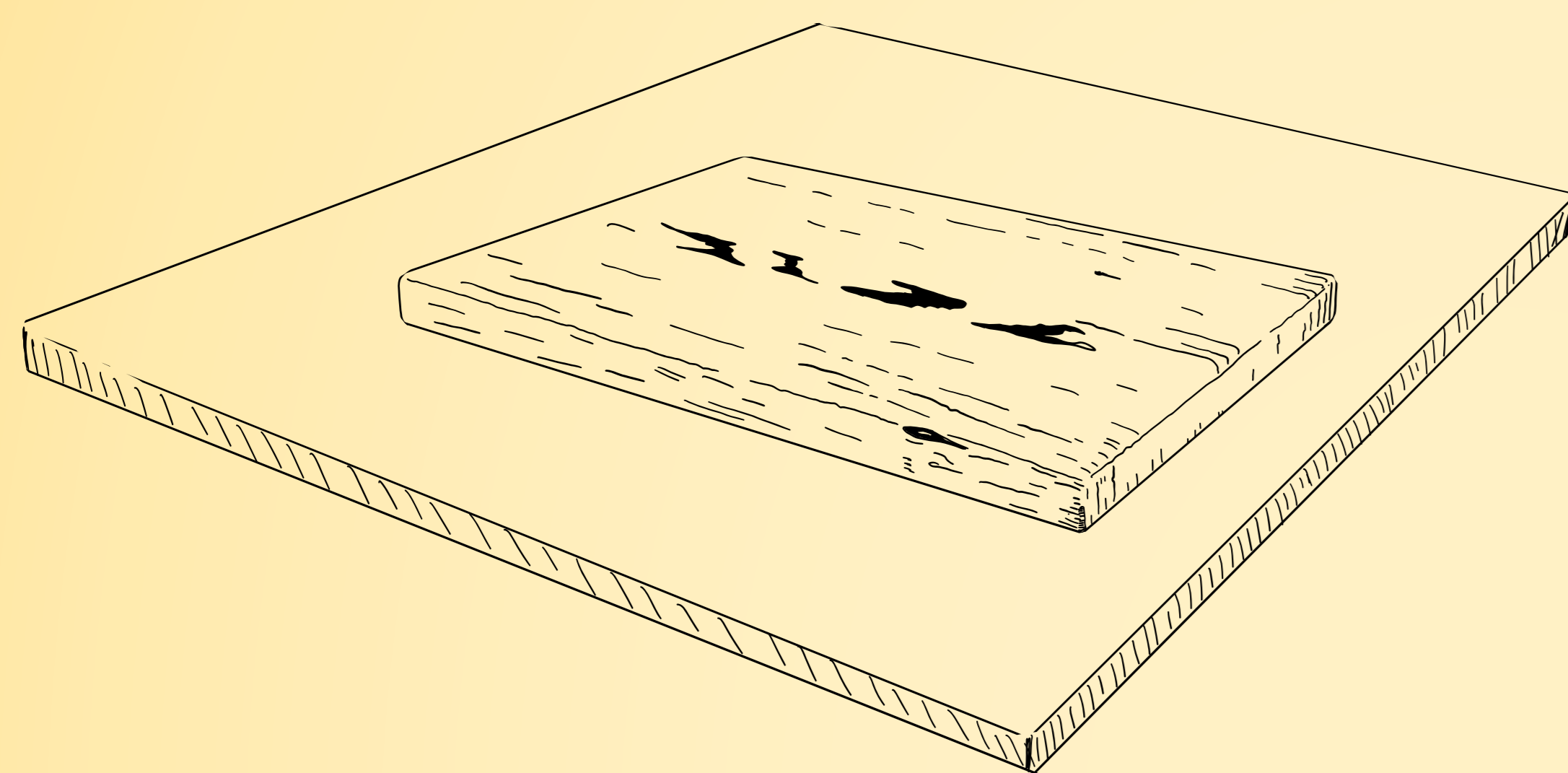




## Para cortar una mano necesitarás:



1. Coloca la tabla de cortar en una superficie plana



2. Coloca la mano en la tabla de cortar, con el lado de la palma arriba.

3. Usando el cuchillo, con cuidado corta a lo largo de las líneas de la muñeca



4. Disfruta tu amputacion



## El Zopilote

Un zopilote estaba mordisqueándome los pies. Ya había despedazado mis botas y calcetas, y ahora ya estaba mordiendo mis propios pies. Una y otra vez les daba un mordisco, luego me rondaba varias veces, sin cesar, para después volver a continuar con su trabajo. Un caballero, de repente, pasó, echó un vistazo, y luego me preguntó por qué sufría al zopilote.

-Estoy perdido -le dije-. Cuando vino y comenzó a atacarme, yo por supuesto traté de hacer que se fuera, hasta traté de estrangularlo, pero estos animales son muy fuertes... estuvo a punto de echarse a mi cara, mas preferí sacrificar mis pies. Ahora están casi deshechos.

-¿Vete tú a saber, dejándote torturar de esta manera! -me dijo el caballero-. Un tiro, y te echas al zopilote.

-¿En serio? -dije-. ¿Y usted me haría el favor?

-Con gusto -dijo el caballero- sólo tengo que ir a casa por mi pistola. ¿Podría usted esperar otra media hora?

-Quién sabe -le dije, y me estuve por un momento, tieso de dolor. Entonces le dije -: Sin embargo, vaya a ver si puede... por favor.

-Muy bien -dijo el caballero- trataré de hacerlo lo más pronto que pueda.

Durante la conversación, el zopilote había estado tranquilamente escuchando, girando su ojo lentamente entre mí y el caballero. Ahora me había dado cuenta que había estado entendiéndolo todo; alzó ala, se hizo hacia atrás, para agarrar vuelo, y luego, como un jabalinista, lanzó su pico por mi boca, muy dentro de mí. Cayendo hacia atrás, me alivió el sentirle ahogarse irremediablemente en mi sangre, la cual estaba llenando cada uno de mis huecos, inundando cada una de mis costas.

Franz Kafka

## A madman with a plan to change the world – again

Jeff Bezos changed the world with his innovations, and now he's going to change it again – but this time, it's with the help of a **zombie virus**.

By **Da\_Vinci**

Jeff Bezos is a madman, but no one can deny his genius. He's changed the world with his innovations, and now he's going to change it again – but this time, it's with the help of a zombie virus. It all started when Bezos was researching new ways to increase productivity. He came across a virus that had the ability to reanimate dead tissue, and he saw the potential in using it to create an army of loyal workers. With the virus, he could create an unstoppable force that would do his bidding without question. He started by infecting a small group of people, and the results were better than he could have ever hoped for. The infected were completely loyal to him, and they were able to work tirelessly without rest. They were the perfect employees, and Bezos soon had them working on his most important projects. As the virus spread, more and more people were infected. It wasn't long before most of the world was under Bezos's control. He had created a new world order, with himself as the undisputed ruler. Some people tried to resist, but they were no match for the zombies. They were outnumbered and outmatched.

The world is now a dark place, ruled by a madman. But even in this dark age, there is still hope. The Resistance is fighting back against Bezos and his zombie army. They're fighting for the freedom of the people, and they're determined to **take back the world**.

